

floreillas blancas que coronaban la enramada y derramaban su delicada esencia sobre nosotros.

— Yo sé, le dijo D. Joaquin sonriendo amorosamente, dónde estarán más contentas que allá arriba.

Y se dispuso á trepar al ribazo para alcanzarlas.

— Eh, D. Joaquin, exclamó Mari-Santa queriendo detenerle, no haga V. caso de niñerías, que se va á clavar una espina, y me está echando á perder á esta *chóriburúchu* (1) satisfaciendo todos sus caprichitos.

Pero D. Joaquin se abría ya paso por medio de las zarza-rosas, y despojaba á los jazmines de su fragante corona.

Antes de salir de la enramada tomó una hierbecilla correosa, listada y odorífera, que es muy comun allí, y unió con ella en un lindo ramillete las flores de jazmin.

Teresita, al recibir el ramillete, lanzó un grito de espanto, y se puso descolorida. Era que habia visto sangre en la mano que le alargaba las flores.

Entónces sí que me pareció Teresita pintada á su madre, porque de repente habia desaparecido la niña y sólo habia quedado la mujer toda compasion y toda amor para el que padece, como lo era Mari-Santa.

Las lágrimas en los ojos y la angustia en el corazon duraron sólo un instante en Teresita y su madre, porque D. Joaquin se apresuró á tranquilizarlas, haciéndoles ver que la herida de su mano era un arañazo insignificante.

Seguimos la cuesta, y entónces eché de ver que don Joaquin llevaba luto. Preguntéle la causa, y supe que

(1) Cabecita de pájaro.

era por su madre, que habia fallecido hacia cerca de un año.

— Aquella pobre, dijo Mari-Santa, bien consolada con la vuelta y el cariño de su hijo fué á reunirse en el cielo con Claudia.

— Ese consuelo me queda en mi triste aislamiento, contestó el indiano conmovido. Pasar la juventud como yo la he pasado, suspirando por la familia, recobrarla, aunque reducida á una buenísima madre, y quedar otra vez solo.....

— ¡Cómo que solo! le interrumpió Mari-Santa. En este mundo nunca está solo el que es digno de estar acompañado.

— Es verdad, y buen testigo de ello soy yo, que en ustedes he encontrado el benévolo cariño de la familia propia.....

— ¡Eso es, pónganos V. la venda siendo V. el descalabrado! dijo D.<sup>a</sup> Mari-Santa.

En esta conversacion habiamos llegado, sin apercibirnos de ello, á Aurrecoechea.

Rosita, que nos habia visto desde la ventana, bajaba á nuestro encuentro, y con ella nos encontramos frente á la casa de su madrina.

Ya no era aquella niña de alma tímida y cuerpo delicado, aunque sano y hermoso, á quien sorprendí desde Gorostiza catalejeando desde su ventana: era una jóven que participaba de la timidez y la rudeza aldeana, y el desembarazo y la finura de la villa. Al verla tan hermosa, tan buena y tan discreta, estuve á punto de echar noramala mi teoria sobre la hermosura y la fealdad de

las mujeres; pero como nunca nos faltan pretextos más ó ménos ingeniosos para seguir aferrados á nuestras opiniones, por erróneas que éstas sean, me acordé de la consabida excepcion, y me quedé tan fresco pensando lo que ántes pensaba acerca de la hermosura y la fealdad femeninas.

Besó á Mari-Santa y Teresita con efusion y franqueza verdaderamente familiares, y nos saludó á nosotros como á amigos de confianza.

— Rosita, le dije sonriendo, como desde Goyérri no alcanzan anteojos á Olaechea, no estará demas decirle á usted que ayer me leyó allí Leandro los versos que habia hecho la noche anterior.

— ¿Sí? exclamó Rosita llena de alegría con esta inesperada noticia de Leandro. ¿Y eran bonitos?

— Juzgue V. por sí misma, que para traérselos á usted se los robé.

— Gracias, señor ladron, dijo Rosita llena de gozo recibiendo los versos que me habian hecho quebrantar el octavo Mandamiento. Iba á guardárselos, pero no tuvo paciencia para hacerlo sin ver siquiera la letra, y los desdobló. Al leer el epígrafe « ¡Aquí estará! » sus dulces ojos se humedecieron é involuntariamente los dirigió hácia el valle del Cadagüa, porque sin duda habia comprendido quién esperaba Leandro que *estuviese* muy pronto en aquel valle.

Y pensando en la dulce y pura emocion que Rosita experimentaria aquella noche, cuando en la soledad de su alcoba leyese y volviese á leer y ungiere con sus besos y sus lágrimas aquel papel, bendije en el fondo de mi al-

ma á la poesía en el concepto de la más santa y dulce mensajera de los corazones enamorados.

Ibamos á subir á casa de D. Pedro; pero Rosita nos dijo que éste y doña Mari-Rosa debian estar en la huerta, cuya puerta se adelantó á abrirnos.

Entramos en la huerta, y en efecto encontramos á don Pedro sentado en un sillón en el jardincito. Mari-Rosa que andaba por el extremo opuesto, se encaminó hácia nosotros al vernos llegar.

Si D. Juan no me hubiese dicho de antemano que iban muy mal los negocios de sus cuñados, al volver á ver á éstos lo hubiera yo conocido.

Don Pedro parecia estar en la convalecencia de una grave enfermedad, y su mujer, que no se tomaba penás por nadie, parecia tener siquiera la virtud de tomárselas por las de su marido.

Don Pedro, como sorprendido de que llegase álguien, alzó la cabeza para ver quién llegaba.

Preguntámosle cómo estaba, y nos contestó con aspereza:

— ¿Cómo estoy? Admirado de que parezcan por aquí gentes que no vengan á ver si pueden acabar con lo que me queda, que es un poco de paciencia y otro poco de dinero.

— Tiene razon Pedro, asintió Mari-Rosa que llegaba en aquel instante.

— No, Mari-Rosa, no la tiene tan en absoluto como suponeis, replicó afectuosamente Mari-Santa. Sin ir más léjos, nosotros no hemos dejado de participar de vuestras penas, ni de venir á veros cuantas veces hemos podido con el único deseo de aliviarlas.

—¡No faltaba más que vosotros nos tiraseis también al degüello, ó cuando ménos no tuvieseis para los propios lo que teneis para los extraños!

—Cosa que no sería de extrañar, añadió D. Pedro con irónica sonrisa, porque miente como un bellaco el refran que dice: «con mal ó con bien á los tuyos te atén.» Por atenerme yo á los míos me pasa lo que me pasa. Ateniéndome á los consejos de mi mujer, dejé y arrendé la fábrica, que si me daba mucho que hacer, también me libraba del aburrimiento y la ruina. Faltándome la distraccion y la vida activa que me proporcionaba la fábrica, empecé por aburrirme y concluí por enfermar; faltando á la fábrica la inteligencia y el cuidado de su dueño, empezó por desacreditarse y concluyó por arder; y faltándome la salud y el dinero, empezaron los amigos por olvidarme y concluyeron por acordarse de mí para acabarme de matar y hundir á fuerza de reclamaciones y pleitos. Con que ya ven VV. lo que á mí me pasa por atenerme á los míos, por atenerme á los consejos de mi mujer.....

—Tu mujer, replicó Mari-Rosa, no hizo más que condescender con tu gusto.

—Sí, aconsejándome toda la vida que echára enhoramala la fábrica y los negocios.....

—Porque toda la vida la estabas aburriendo con que los negocios y la fábrica te convertían en negro de Guinea.

—No hay mujer que tenga sentido comun.

—Ni hombre que si le tiene no le tenga vuelto al revés.

Con estos dimes y diretes, la irritacion de D. Pedro

aumentaba de tal modo, y la sonrisa sarcástica y provocativa de su mujer se acentuaba de tal modo, que temimos haber subido á Aurrecoechea á presenciar el más triste de los espectáculos que puede ofrecer la miseria de corazon y entendimiento, que es el de la discordia y el encono entre los que Dios ha unido para la concordia y el amor mútuo, sobre todo en las adversidades de la vida.

Al fin, á fuerza de reflexiones y súplicas y hasta de lágrimas con que acompañaron las suyas Mari-Santa, Teresita y Rosita, conseguimos restablecer un tanto la paz entre D. Pedro y su mujer.

Pero si conseguimos llevar á su alma un poco de templanza, no así un poco de fortaleza: los quebrantos que habían experimentado en sus intereses no eran tales que, como los que habían experimentado los de Gorostiza, pudiesen hacerles temer la miseria; pero el alma débil y el entendimiento mezquino de D. Pedro y su mujer los abultaban y ennegrecían de tal modo que ambos cónyuges concluyeron por echarse á llorar al enumerárnoslos.

La noche se acercaba, y temerosos de que nos oscureciera ántes de pasar la ría, nos despedimos de D. Pedro y Mari-Rosa.

—Voy á la fuente, dijo Rosita que había salido con nosotros, porque *los* padres vendrán pronto de las *piezas* y quieren siempre encontrar agua fresca.

Pero como viese asomar por las lastras que mediaban entre su casa y la fuente á un muchacho con una *errada* en la cabeza,

—¡Ah! añadió, ya me ha ahorrado el pobre Martin ese trabajo.

—Martin, dijo Mari-Santa, va saliendo buen chico, ¿no es verdad?

—¡No lo sabe V. bien! contestó Rosita. Si hubiera nacido en casa no nos querría á todos más que nos quiere. Los padres están chochos con él, y con razon, porque todo se lo encuentran hecho y parece que adivina lo que todos deseamos. Ha venido de bajar las vacas del monte, y suponiendo que yo, entretenida en casa de la madrina, me habria olvidado de ir á la fuente, para evitar que los padres viniesen y no encontrando agua fresca me riñesen, ha ido por ella.

—¿Y su madre, que tal está?

—Muy bien, porque los otros chicos le han salido muy trabajadores y buenos.

No es para callado en un libro como este, en que lo único que puede hacer grata la lectura son los arranques del corazon á falta de los del entendimiento, un episodio que observé en la despedida de Mari-Santa y Rosita.

Mari-Santa, acercándose á besar á Rosita, le dijo por lo bajo, temblando su voz de dulce emocion: «Hija, ya haces falta en Olaechea.—¡Ya lo sé, señora! contestó la muchacha no ménos conmovida.—Madre y no señora, le replicó Mari-Santa volviendo á besarla.—¡Es verdad, madre!» respondió Rosita correspondiendo á aquel nuevo beso, y ambas permanecieron algunos instantes con los rostros unidos y los ojos inundados de dulces lágrimas.

Poco despues bajábamos la cuesta, asida Mari-Santa de mi brazo y Teresita del de D. Joaquin, todos tristemente callados, porque á todos nos habia contristado lo que habiamos visto y oido en Aurrecoechea.

No sé, aunque creo adivinarlo, lo que mis compañeros pensarían entónces, pero lo que yo pensaba era esto, que viene á ser lo que más prólijamente he pensado y he sentido y he querido decir miétras escribia este libro:

« El primer pecado del hombre convirtió en campo de espinas y abrojos el paraíso terrenal; pero Dios, cuya misericordia no tiene límite, le sustituyó con otro, que es el hogar doméstico, que es la familia, institucion creada por su sábia mano y bendecida por su santo espíritu. El primer hombre y la primera mujer fueron arrojados del paraíso terrenal cuando fueron indignos de él, y arrojados son tambien del nuevo paraíso los que no merecen habitarle. Pobres moradores de Aurrecoechea, de alma débil, de corazon mezquino y de entendimiento estrecho y oscuro, ¡cómo Dios os habia de creer dignos de los deleites del paraíso de Gorostiza! »

## XL.

### EL GRAN DIA.

¡ Ah, Dios mio, con qué honda pena y con qué tristeza voy acercándome al término de este libro, que probablemente tendrá la mala suerte de su hermano *El Gabán y la Chaqueta*, que al emprender su humilde, pero bien intencionada peregrinacion por el mundo, las primeras y únicas piedras que recibió partieron, envueltas entre flores, de manos nacidas donde habia na-